

ESCENAS QUE INVITAN A PENSAR⁷⁸

Cosas que sólo la mujer, con su alma pronta a percibir y hacer suyo el dolor ajeno, esta en aptitud, intuitivamente, de captar; nos las pone a la vista la ágil escritora Magda Mabarak, en artículo que publica “Ideas”, la modesta revista de las mujeres de México.

Con pincel de extraordinaria precisión, traza ella y describe escenas y amarguras que con sentido hondamente humano supo ella anotar, en reciente visita a la cercana población de Ixtapan de la Sal.

“Ixtapan —empiezan por decirnos— es un poblado de gente que vive como vivieron sus ancestros hace trescientos años.”

¡Gravísima verdad! Como Ixtapan hay en la República miles de poblados en que no ha entrado el progreso, en que ninguna obra de mejoramiento efectivo han realizado ni el México Independiente, con su siglo y medio de vida, ni tampoco la Revolución en su ya largo dominio de casi treinta y cinco años.

Se están construyendo allí en Ixtapan, nuevas albercas, nuevas y elegantes piscinas, para recreo y alivio de la gente acomodada. Los hombres del pueblo, entre tanto, ofrecen la contribución de sus músculos y de su esfuerzo para la construcción de esas obras. Trabajan en ellas con la estoicidad de la raza.

“En la construcción de las nuevas piscinas de los baños es un hervidero todo el día. Rompen el monte, apisonan tierra, hacen desaparecer la maleza, forman escalones de piedra y de concreto... Una multitud de aborígenes hormiguean en la obra. Trabajan sin descanso, bajo la mirada hosca y el rezongo exigente de un viejo nativo, que apura sin cesar. Corren con la carretilla de piedras picadas, viejos, mozos y niños... Ellos no saben leer ni escribir. Los niños de 11 a 15 años trabajan al ritmo de los grandes, y los que tiene que partir piedra para la obra lo hacen sin ninguna protección para los ojos, de modo que si un accidente

⁷⁸ *El Universal*, 26 de septiembre de 1945.

desgraciado hace que caiga en ellos un fragmento se quedan ciegos y se acabó el asunto...”

¡Todo se acabó! Una nueva víctima, y el mundo sigue rodando. La justicia no es cosa de aquí abajo...

Ni una diversión, por supuesto; ninguna expansión, ningún recreo; ni una banda de música que los domingos siquiera halague el oído de esos hombres.

Su revancha, su desquite, la única derivación para sus penas está en el alcohol.

“Los hombres beben en silencio acumulados, sentados en piedras a los lados de las puertas de las tiendas donde les venden esos deliciosos vinos de frutas con que se embriagan. Allí... oyen fervorosos la música de las radiolas.”

Es lo único que hay en Ixtapan: radiolas, una en cada tienda, en cada fonda, en cada cantina.

¿Y qué nociones, qué ecos, qué cantos les llevan esas radiolas? “Ellas expanden por todas partes los gritos horribles de sus canciones pistoleras: “Soy mexicano, ¡de acá de este lado!” “¡Ay, Jalisco no te rajes!” Así dicen las notas agresivas.

Ellos, entre tanto —los parroquianos de la tienda, del fisgón o de la cantina— escuchan en silencio, “con expresión extática y reflexiva, como si comprendieran que todo esto que dicen las canciones es un mero decir, porque ellos no le toman sabor a la vida, ni a ese México provocativo que pintan las canciones”.

¡Quizá de ellas sólo tomen la incitación a la riña y al derramamiento de sangre!

Hombres así, de tal modo sumergidos en ese desierto espiritual, necesitarían más que cualesquiera otros, aprender a leer y a escribir aunque no fuese sino para hojear otros horizontes, para vislumbrar menos dolorosas perspectivas.

Pero, para ello, les falta tiempo, estímulo y energías. Les falta el resorte de la cultura. ¿Para qué aprender, si la vida ha de seguir igual, cargada de miserias y de amargura?

Magda Mabarak, la gentil escritora, los invitó, sin embargo, a recibir sus lecciones; les ofreció a enseñarlos a leer y a escribir.

Dijeron que sí. Los esperó ella en muchas citas sucesivas... pero no fueron, faltaron una y otra vez a la cita.

Inquire Magda con otras personas. Le explican éstas que aquéllos infelices los cansa y los agobia el trabajo. Después de cada jornada caen rendidos y se duermen agotados. “Por eso no van a aprender a leer. Nadie tiene ánimo para estudiar después de una jornada de bestias.”

La inteligente escritora comenta (y yo no quiero que se pierdan sus palabras, por eso las reproduzco una a una): “necesitan (esos hombres) cambiar un poco su vida, sus horas son como una noria que dará vueltas siempre, hasta que una mano fuerte y eficaz la detenga”.

Y agrega con un salto de ideas que impresiona: “¡Ay, mano poderosa, justa, patriótica de los inspectores escolares, ¿dónde estará?! ”

Sólo que, para ser totalmente justos, hay que hacer recaer la responsabilidad únicamente sobre los inspectores del ramo educativo.

¿Y los inspectores del trabajo? ¿Y los presidentes municipales? ¿Y los diputados federal y locales, que a cada momento recorren los pueblos en busca de adhesiones y de votos? ¿Y los otros colaboradores del poder ejecutivo local, a quienes toca informar de cuanto de trascendencia ocurre en la entidad respectiva? ¿Todos ellos ignoran acaso las necesidades y las privaciones que más de cerca afectan a la población de cada lugar? ¿Tienen ojos, y no ven; oídos, y no oyen?

Porque —y de ello podemos estar seguros— lo que al primer golpe de vista descubrió Magda Mabarak en el poblado aludido, eso mismo o algo muy semejante ocurre en muchas y diversas regiones de la República. En vastas zonas prevalecen, a no dudarlo, idénticas condiciones de miseria y opresión, que constituyen otros tantos obstáculos para todo esfuerzo eficaz en pro de la adquisición de la cultura.

A este respecto la perspicaz observadora a que nos referimos, nos proporciona un detalle revelador: “cuando he preguntado (a los trabajadores) por qué han faltado a las citas, el viejo capataz me interrumpe para exigirles apremio. Es inconvencible, rígido en sus concepciones, a todo dice que sí y lo olvida en el mismo instante”.

En esto último bastante se parece el aludido capataz a la gran mayoría de nuestros políticos, a muchos de nuestros hombres públicos, de ayer y de hoy.

Cierto que el Primer Magistrado, su Secretario de Educación y algunos de sus colaboradores han puesto cuanto ha estado de su parte para resolver el dificultoso, el formidable problema de la alfabetización.

Pero hay que tener en cuenta dos cosas: por una parte, que la labor es vastísima y que no todas las autoridades subalternas han estado a la altura de su deber; y por la otra, que si bien la alfabetización es de enorme

trascendencia, no es ese problema el único ni quizá tampoco el más importante. Hay otros que le son concomitantes o previos: el de la buena y segura alimentación, ante todo; porque un pueblo desnutrido, un pueblo que apenas come, o come mal, no piensa en instruirse, ni tiene energías disponibles para dedicarse a un trabajo mental siquiera, cuando el esfuerzo físico y la desnutrición lo someten al más doloroso agotamiento.

Habría que suprimir, desde luego, esas tareas agobiantes; habría que imponerse sobre el capataz y sobre el empresario inhumanos; habría que proteger al indio contra sus explotadores; y sobre todo... habría que poner al indio en condiciones de comer a sus anchas, de nutrirse y de vivir como viven, como vivimos, los demás seres humanos.

Habría que despertar el sentido del deber y de la responsabilidad en los altos funcionarios locales en las autoridades pueblerinas. Habría que obligar a los inspectores del trabajo a que cumplieran con su deber. Habría que disponer de buenos y verdaderos líderes y guías.

¡Habría que hacer tantas y tantas cosas!

Y al paso que vamos debemos dar por cierto que se sucederán los gobiernos, que dejará de existir esta generación, y estaremos aun lejos, muy lejos, de la liberación del indio, de la genuina y auténtica emancipación de las mayorías